

Los tres sabios de Las Villas

The three wise men of Las Villas

Félix Julio Alfonso López

Colegio Universitario San Gerónimo, La Habana, Cuba

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4685-0855>

Correo electrónico: felixjulio1@yahoo.com

Se reúnen en esta publicación, por primera vez y como cortesía de la Biblioteca Nacional José Martí a la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, los discursos de gratitud de los insignes sabios cubanos Ramiro Guerra Sánchez (1880-1970), Fernando Ortiz Fernández (1881-1969) y Medardo Vitier Guanche (1886-1960), en la ceremonia solemne que los reconoció como los primeros Doctores *Honoris Causa* de la muy joven Alta Casa de Estudios, el 30 de junio de 1956. Ramiro Guerra lo recibió en Ciencias Comerciales y Fernando Ortiz y Medardo Vitier en Filosofía y Letras (Ortiz, 1956, Guerra, 1958, Vitier, 1961). Se desempeñaba como Rector en aquellos momentos el ilustre intelectual santaclareño Agustín Anido Artilles (1903-1965), un hombre que aunaba en su recia personalidad múltiples talentos: era un destacado médico pediatra, meteorólogo competente y músico de fina sensibilidad, que lo llevó a crear, junto a Samuel Feijóo y Agustín Jiménez Crespo, el Himno Universitario (Alfonso López, 2001).

Las cartas en que les fue notificado el honroso nombramiento fueron expedidas por el secretario general, Dr. Modesto de Jesús Pineda Cabrera, entre los días 22 y 23 de febrero de aquel año, y se señalaba el 14 de abril (Día de las Américas) a las nueve de la noche, como la fecha propicia para realizar dicho otorgamiento. Sin embargo, la ceremonia fue pospuesta por los compromisos que había contraído el Dr. Ortiz, quien debía participar en un congreso de la Unión Panamericana en Puerto Rico a finales de abril, por lo que la ceremonia se trasladó para el 30 de junio (Véase Pérez Valdés, 2018: 322-323). Los diplomas, como puede verse en el caso del que recibió el Dr. Ramiro Guerra, estaban datados casi un mes antes, el 26 de mayo.

Al cumplirse 65 años de aquella noche venturosa, nos percatamos de que fue muy audaz el gesto de la universidad villareña, al iniciar sus homenajes académicos con aquel trío de personalidades distinguidísimas y de amplia trayectoria intelectual en nuestra patria, en los albores mismos de su ejercicio institucional, iniciados apenas cuatro años antes, el 30 de noviembre de 1952. Fue una verdadera clarinada nacionalista de su claustro y un

acento de fuerte cubanía de la corporación —que alcanzaría su esplendor con la publicación de una biblioteca de autores cubanos a cargo del poeta y etnógrafo Samuel Feijóo desde finales de los años 50 y durante toda la década siguiente—, pues hasta ese momento la práctica dominante en la universidad habanera, la más antigua y de mayor prestigio del país, había sido entregar los títulos de Doctor *Honoris Causa* a personalidades extranjeras, fundamentalmente estadounidenses y latinoamericanas, con unas pocas excepciones de figuras nacionales, entre ellas el propio Fernando Ortiz, quien fue nombrado Profesor *Honoris Causa* en Ciencias Sociales y Derecho Público, por acuerdo del Consejo Universitario el 13 de mayo de 1955 (Rivero Verdecia, 2017). El contraste es todavía mayor con la Academia gemela de Las Villas, la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba, que no entregó sus primeros doctorados honoris causa hasta 1995.

Coincidentemente, Guerra, Ortiz y Vitier eran coetáneos, miembros de una brillante generación de intelectuales nacidos en la década de 1880, que inició sus labores científicas y docentes con el nacimiento de la República, y alcanzaron su madurez en la primera mitad del siglo XX. Ramiro Guerra era el mayor, de orígenes muy humildes, vivió en su adolescencia el espíritu patriótico de la Guerra del 95 y fue testigo directo de la cruel política de Reconcentración contra el campesinado criollo. Devenido maestro en la etapa de la primera ocupación estadounidense, su constante afán de superación y singular talento pedagógico lo llevaron a convertirse, en palabras de Ernesto García Alzola, en «el crítico más sobresaliente de nuestra educación» (García Alzola, 1980). De igual modo, su labor historiográfica fue la más prominente del ciclo republicano, para lo cual bastaría citarse sus tres grandes obras: *Azúcar y población en Las Antillas* (1927), *Manual de Historia de Cuba* (1938) y *Guerra de los Diez Años, 1868-1878* (1950-1952. 2 t.).

Entre los argumentos que se mencionaban como méritos del Dr. Ramiro Guerra para recibir la condición de Doctor *Honoris Causa*, además de su reconocida y muy leída producción historiográfica, y de sus indiscutibles virtudes patrióticas y cívicas, se destacaba el hecho de que

La Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas tiene contraída con el Dr. Ramiro Guerra Sánchez, una ineludible deuda de gratitud, por el apoyo eficaz que en su momento hubo de prestar al esfuerzo de fundación de esta Alta Casa de Estudios, a través de brillantes y meditadas conferencias y artículos. (Pineda, 1956: 4)

En efecto, la relación de Ramiro Guerra con la Universidad Central puede datarse por lo menos una década antes de su creación, como queda expresado en la carta abierta que dirige desde Washington a Francisco González Cuesta (con domicilio en Carmen 25, en la ciudad de Santa Clara), de 15 de octubre de 1940. En dicha misiva Guerra responde a un grupo de preguntas que le fueron formuladas por González Cuesta, a propósito de las gestiones que se venían realizando para la creación de un centro de estudios superiores en la capital de la provincia villareña. En opinión de Guerra, era legítima y muy saludable para la nación, la aspiración de constituir una universidad en la región central de la Isla, pues:

En nada se perjudicará la Universidad de La Habana con la fundación de una Universidad en Santa Clara. No veo inconvenientes en que Cuba cuente con tantas buenas universidades como pueda sostener. Con buenas universidades, ese es el punto. No hay peligro alguno, a mi juicio, de que Cuba cuente con miles y miles de buenos profesionales en cada ramo de estudio. Mientras más gente culta y técnicamente preparada haya, tanto mejor. Lo inaceptable es que sean profesionales mediocres, técnica, moral y culturalmente. Como comunidad civilizada, Cuba no puede estar llamada a decaer porque haya muchos buenos médicos, abogados, ingenieros civiles, arquitectos, ingenieros agrónomos, doctores en ciencias, en cirugía dental, químicos, doctores en pedagogía, etc., sino porque haya mucha gente analfabeta, mal preparada e indocta.

Adelante pues, con su idea de una buena Universidad de Santa Clara. Una buena universidad, lo repito, porque en torno de ese modesto adjetivo tan corriente, gira todo el asunto. (Guerra, 1940: s.p.)

Años más tarde, en ocasión de conmemorarse el aniversario 258 de la fundación de Santa Clara, el 15 de julio de 1947, el doctor Guerra realizó un enjundioso discurso en el Teatro La Caridad, en el que disertó con brillantez sobre diversos aspectos del crecimiento urbano y poblacional de la Ciudad de Marta, y las posibilidades futuras de desarrollo económico, comercial, educativo y cultural de la capital de la provincia Las Villas, que se distinguía por su unidad económica en torno al cultivo de la caña de azúcar y contaba con variados y abundantes recursos naturales, como el tabaco, la ganadería, el maíz, el café y la pesca. En opinión de Guerra:

El desarrollo de Santa Clara se ha producido en función del de la provincia [...] Esta, en su bien integrada y balanceada unidad geográfica, económica y política, se ha desarrollado vigorosamente en población y producción abundante y diversificada, en instrucción general y en cultura, gracias a su excelente profesorado primario, secundario y especial, ya la admirable labor de sus eminentes educadores de grata memoria, don Manuel Angulo y otros muchos, sin desdoro de los actuales; y con todo ello, ha acrecentado su actividad política y su participación e influencia en la dirección de los asuntos públicos nacionales. (1947, s.p.)

Y más adelante añadía:

El rápido crecimiento capitalino le está creando a la provincia algo que le será de inmenso provecho a esta: el gran centro de consumo de productos regionales y de importación [...] con capacidad para serlo también de desarrollo industrial, y la sede de instituciones y actividades culturales del más alto tipo, una universidad inclusive, destinadas a satisfacer las demandas y las ansias del millón largo de vecinos con que cuenta la provincia [...] Santa Clara debe contar con una universidad, como también deben tenerla Camagüey y Santiago de Cuba. (Guerra, 1947: 5-7)

Mucho antes de lo que imaginaba el Dr. Guerra, la Universidad Central de Santa Clara fue inaugurada de manera simbólica la noche del 10 de octubre de 1948, en el Salón de Actos del antiguo Gobierno Provincial de Las Villas –actual Biblioteca Martí– con la presencia de la mayoría de los miembros del Consejo Directivo, encabezado por su presidente y futuro primer rector, el Dr. Pedro Martín Camps i Camps. Tampoco sospechó quizás que le fuera conferido el máximo galardón académico de dicha Casa, en su primera edición, para lo cual preparó un breve discurso titulado «La provincia de Las Villas», donde retomó y actualizó muchas de las ideas que ya había expresado previamente en su discurso de 1947 en el Teatro La Caridad, acerca de las riquezas naturales de su territorio y la necesidad de aplicar los saberes de la Universidad al estudio de los agentes económicos y comerciales, como factores de progreso y civilización; y cuya esencia queda resumida en el siguiente párrafo:

Con una visión comprensiva y exacta de lo que es y de lo que debe ser la provincia villareña, dadas sus riquezas naturales de todas clases, esta Universidad Central de Las Villas, además de cultivar las Artes y las Letras, con una apreciación certera de la influencia fundamental de unas y otras, en el campo de la cultura, ya que el espíritu es la fuerza suprema del hombre, presta cuidadosa atención al desarrollo de las ciencias aplicadas a la industria, al comercio y a la agricultura, fuentes de bienestar de las comunidades humanas en todos los tiempos y, por consiguiente, factores decisivos de civilización. (Guerra, 1958: 86).

En el caso de Fernando Ortiz, los miembros del claustro villareño ponderaban

los méritos excepcionales que concurren en el Dr. Ortiz por su dedicación constante y desinteresada, a través de su dilatada existencia, a la investigación científica, el progreso de la cultura en el país, especialmente en el campo de las ciencias sociales (Sociología, Antropología, Etnología, Derecho, Economía, Historia, Criminología y otras) cuyos conocimientos ha tratado de difundir desde la Cátedra, la tribuna, la prensa y la radio. (Pérez Valdés, 2018: 322)

Quizás el vínculo más antiguo de don Fernando Ortiz con Santa Clara debe buscarse en su sincera devoción por la figura de Marta Abreu de Estévez, la gran patriota y benefactora villaclareña. Apenas dos años después de haber reiniciado la publicación de la *Revista Bimestre Cubana*, y en su calidad de presidente de la Sección de Educación, Ortiz pronunció en la Sociedad Económica de Amigos del País su «Elogio póstumo de la cubana Marta Abreu», el 9 de enero de 1912. La oración de Ortiz fue motivada por la colocación de un retrato de la ilustre filántropa en la galería de próceres de la corporación. A lo largo de su discurso, el joven sabio distinguió el hecho de que por primera vez se honraba la memoria de una mujer cubana en el seno de la Sociedad Económica, y destacaba el hecho de que en Marta «había cristalizado la más alta compenetración cubana del patriotismo femenino y de la virtud» (Ortiz, [1912], 1923: 5).

Entre sus múltiples dignidades, Ortiz subrayó su ejercicio sistemático de la caridad y su transformación en algo superior, la caridad por la patria. Esta correspondencia en la patricia villaclareña del carácter humanista con el fervor patriótico guía la disertación ortiziana, quien afirmó emocionado que: «Esta fue la vida de Marta Abreu: nació rica, amó mucho, vivió amando, amó su hogar, amó sus pobres, amó su patria y murió triste, amada de su pueblo y de la gente buena» (Ortiz, [1912] 1923: 5) Y más adelante concluye: «Marta Abreu conoció y practicó el bien con un raro y perfecto conocimiento que a su condición le imponía la solidaridad social» (:17).

Semejante fervor por la gran benefactora lo acompañó durante toda su vida, como puede constatarse en el discurso de agradecimiento en la universidad que llevaba su nombre, y que Ortiz tituló, con poética unción: «Universidad clara, preclara y de santa claridad», pues:

Esta Universidad de Marta Abreu tiene nombre de mujer y, como toda universidad, es hembra de engendro y madre de almas; por un ósculo de su amor, como el que ella me ha dado, es para mí como aquel de la bella Roxana, al finalizar el poema de Rostand, cuando ella se inclinó ante *Cyrano de Bergerac*, poeta feo y soldado envejecido, a ponerle en su frente, con la dádiva de su beso, un airón de gloria, un penacho de felicidad. (Ortiz, 1956: 7)

En su discurso Ortiz sostiene y explica la tesis de las tres grandes utopías que habían sido reveladas en suelo villareño, entre las cuales estaba desde luego la aspiración de Marta Abreu a una patria independiente, con forma republicana y guardiana de sus libertades. Bajo esta advocación, estaría lo que denomina «la función social de la mujer», de la cual Marta Abreu habría sido un paradigma dentro de su clase social, y preconizaba para la joven universidad su especialización «en la cultura de la mujer y su integración en la vida social». Y remata diciendo:

Pero Marta Abreu, además de mujer patriota, fue rica y su vida una ejemplar experiencia del cumplimiento de los *deberes de la riqueza puesta al servicio cooperativo de la colectividad*. Marta de los Ángeles, la Benefactora, con su propia riqueza, crea asilos de ancianos, hospitales de pobres, dispensarios médicos, escuelas de niñas, lavaderos gratuitos, teatros de arte, sistema de alumbrado público, observatorio astronómico ... lleva sin cesar su personal fuerza económica a los rodajes populares de esta Villaclara suya. Su obra fue más que caridad; no como limosna piadosa a manera de prima barata compradora de un fácil seguro de ultravida celestial, sino como asociación solidaria, responsable y costosa, a una problemática y muy arriscada empresa de humanismo y justicia. ¡La mujer y su función cívica! ¡La riqueza y su función social! Son temas primordiales y apremiantes del neo-humanismo de hoy día. Una universidad que hoy los desdeñare, no alcanzaría un nivel cultural superior al de una valla de gallos; solo con su estudio podrá llegar a ser esclarecida [sic.]. (Ortiz, 1956: 11)

Las otras dos utopías, en opinión de Ortiz, fueron las defendidas por el naturalista y erudito germano Alejandro de Humboldt y por el sacerdote dominico fray Bartolomé de las Casas, dos personalidades a las cuales Ortiz había prodigado (junto con la de José Antonio Saco), valiosas exégesis a lo largo de su vida. Humboldt es la encarnación del científico humanista, adalid del progreso y de las libertades humanas, un espíritu ilustrado que deberían sentir como un colega ilustre los profesores universitarios de aquel momento. Clamaba también porque se le levantara un busto al célebre científico tudesco, y profetizó que:

El será en esta esclarecedora universidad un profesor silente y un mudo consejero, porque su programa, su *utopía*, se está en gran parte realizando en otros países y, si aún no lo está en Cuba, es porque todavía no hemos independizado nuestro pensamiento, fuera de la soñera colonial; de la que solo podremos libertarnos mediante recias campañas, por una infatigable mambisería de cultura. (Ortiz, 1956: 13)

En el caso del Padre Las Casas, su utopía había sido la primera en el tiempo, cuando decidió defender el derecho de los aborígenes cubanos a existir y a ser considerados como seres humanos. Fue el clérigo sevillano, no solo un adelantado defensor de los derechos humanitarios de los naturales de América, sino también un precursor de lo que Ortiz denomina *planificación social y economía dirigida*, a partir de determinados experimentos de ingeniería social propuestos por el fraile dominico para fomentar el crecimiento demográfico y estimular el progreso económico. Fue también el primer historiador y antropólogo que describió las sociedades precolombinas de Las Antillas, y en suma «el primer gran apóstol de la libertad», cuya figura contrasta con las de los «desalmados y turbios» protagonistas de la conquista y la colonización. Pide entonces a la Universidad que funde una cátedra de Antropología Social o Economía Política y que sea colocada bajo la advocación lascasiana, como un «vivificador aliento de ciencia y humanía» (Ortiz, 1956: 19). Como contribución personal a dicha cátedra, y símbolo también de gratitud hacia la Universidad, Ortiz le escribe a su amigo Gaspar Jorge García Galló en julio de 1956, prometiéndole un óleo con la imagen de fray Bartolomé de las Casas (Véase Pérez Valdés, 2018: 323)

La importancia que Ortiz dio a las ideas expresadas en este discurso, queda demostrada en el hecho de que no solo fue divulgado en la *Revista Bimestre Cubana*, ágora natural de toda la producción ortiziana, sino que decidió volver a publicarlo, con ligeros cambios y bajo el título de *Los tres próceres de Las Villas*, en la revista neoyorquina *La Nueva Democracia*, de octubre de 1956, lo que garantizaba mayor difusión y nuevos lectores para sus estimulantes tesis sobre las utopías en tierras villareñas.

En el orden más íntimo y personal, Ortiz concedió gran trascendencia a su investidura como Doctor *Honoris Causa* en la universidad santaclareña, primero en serle otorgado por una Casa de Altos Estudios de su país, y a tal fin se hizo acompañar de una comitiva que integraban su esposa María Herrera González, su hija de once años María Fernanda y su

hijo político Leopoldo Justo Martínez. De igual modo pidió que fueran invitados sus grandes amigos el historiador Julio Le Riverend y su esposa Mercedes Morales, el ensayista Salvador Bueno y su esposa Ada Roig, el caricaturista Juan David y su esposa Graciela de Armas, Raúl Roa y su esposa Ada Kourí, así como Manuel Villalón, Gustavo Torroella y Nicolás Quintana (Véase Pérez Valdés, 2018: 323, nota 3).

Con posterioridad a su investidura, el vínculo afectivo de Fernando Ortiz con Santa Clara y su universidad continuó, como corresponsal de sus amigos Gaspar Jorge García Galló, Mariano Rodríguez Solveira y Samuel Feijóo y también de la eficaz traductora del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* al inglés, la estadounidense Harriet de Onís, quien pasó una temporada haciendo trabajo de campo junto con su esposo el hispanista Federico de Onís, vinculados ambos al centro de altos estudios, quienes se hospedaron en los hoteles Santa Clara (Luis Estévez y Parque) y Gran Hotel (Parque Vidal no. 6) (Véase Pérez Valdés, 2018: 379-381).

No menos importante fue la presencia de Ortiz en el exigente catálogo de obras cubanas que publicaba la Universidad bajo la dirección de Samuel Feijóo, donde vieron la luz su monumental estudio de historia de las mentalidades *Historia de una pelea cubana contra los demonios. Relato documentado y glosa folklorista y casi teológica de la terrible contienda que, a fines del siglo XVII y junto a una boca de los infiernos, fue librada en la villa San Juan de los Remedios por un inquisidor codicioso, una negra esclava, un rey embrujado y gran copia de piratas, contrabandistas, mercaderes, hateros, alcaldes, capitanes, clérigos, energúmenos y miles de diablos al mando de Lucifer* (1959), la segunda edición definitiva del clásico ensayo *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)* (1963) y también una versión revisada de *La africanía de la música folklórica de Cuba* (1965).

Del mismo modo fueron frecuentes sus colaboraciones en la revista *Islas* después del triunfo de la revolución: *La secta conga de los «matiabos» de Cuba* y *Los primeros técnicos azucareros de América* (1961); *El primer ingenio azucarero que hubo en América* y *La transculturación blanca de los tambores de los negros* (1962): «El güiro de Moyubá o Jobá» y «Estudiemos la música afrocubana» (1963) y «Cubanidad y cubanía» (1964). Al cumplirse el Centenario de Don Fernando en 1981, *Islas* le dedicó un número de homenaje con textos de Nicolás Guillén, Julio Le Riverend y Pablo Guadarrama, y reprodujo su importante ensayo *Los factores humanos de la cubanidad*.

El más joven de los tres sabios agasajados, don Medardo Vitier Guanche, era un eminente pedagogo, ensayista y profesor de historia de la filosofía, cátedra que desempeñaba en la Universidad desde su fundación. Oriundo del poblado de Rancho Veloz en Las Villas, Medardo fue fundador del Colegio «Froebel» en Matanzas y profesor de literatura en la Escuela Normal para maestros de la Atenas de Cuba. Opositor al gobierno machadista, tras su caída ocupó diversas responsabilidades educativas y culturales, hasta consagrarse como uno de los más influyentes ensayistas de su generación

con libros como *Apuntaciones literarias* (1935), *Las ideas en Cuba* (1938), *Estudios, notas, efigies cubanas* (1938), *Del ensayo americano* (1944) y *La filosofía en Cuba* (1948). Gran estudioso de las obras de Martí y Enrique José Varona, a los que dedicó integrales estimaciones, en la última etapa de su producción intelectual, asentado ya en el Alma Máter villareña, produjo libros dedicados a la figura de José de la Luz y Caballero como educador (1956); un estudio sobre la filosofía de Kant (1958) y los textos recogidos en el volumen doble titulado *Valoraciones* (1960-61), que se publicaron póstumamente.

Vitier, al igual que su gran amigo Ramiro Guerra, estuvo vinculado a los debates sobre el surgimiento de nuevas universidades en Cuba, promovidos durante las décadas de 1930 y 1940, y que finalizarían con la creación en 1948 de las Universidades de Oriente y «Marta Abreu» de Las Villas. Una de las meditaciones más hondas en este sentido, la produjo Vitier en un haz de apreciaciones tituladas «Sobre las nuevas universidades cubanas», donde proponía un modelo de universidad para Cuba, moderna en su sistema de enseñanza y conectada a las realidades de su tiempo. El sabio profesor de Historia de la Filosofía consideraba que:

A tiempo están las nacientes universidades cubanas, la de Oriente que ya funciona, y la de Santa Clara, que pronto se organizará, para que no comiencen con vicios de origen. Lo primero ha de ser el conocimiento de los antecedentes a este respecto: libros sobre la materia, realidad universitaria cubana hasta ahora, aciertos y errores anotados ya como experiencia, aquí y en otros países (Vitier, 1960: 158).

Un conjunto de cuestiones eran básicas, en opinión de don Medardo, para poder iniciar una renovación de la universidad cubana, y en entre estas contaba: los planes de estudio, la calidad del profesorado y la retribución del mismo, los métodos de trabajo, la adquisición de bibliografía actualizada, la contratación frecuente de profesores extranjeros eminentes, el uso por los estudiantes de lo que denomina «libros fuertes», es decir, clásicos de sus respectivas disciplinas, la limitación al mínimo de los resúmenes escritos dados por el profesor, y de manera esencial la «vinculación de la universidad con las realidades de la vida del país para estudiarlas con espíritu científico», y unido a lo anterior «acentuación de lo humano universal, sobre todo en las disciplinas llamadas humanísticas» (Vitier, 1960: 158-159).

Retomando las ideas expuestas por Ortega y Gasset en su clásica obra *Misión de la Universidad* (1930), don Medardo comulga con la necesidad de que el estudiante universitario reciba un conjunto de disciplinas culturales que le ofrezcan una visión integral del universo físico y del devenir histórico. Entre ellas menciona la física, la biología, la historia, la sociología y la filosofía, las que deberían impartirse también como parte de los currículos de las diferentes carreras. Más adelante ahonda en la idea de que las universidades deben «vivificar sus programas con un criterio unitario del mundo», y advertía sobre los peligros de que los académicos vivieran encerrados en sus torres de marfil, aislándose de las realidades universales.

Entre las grandes ausencias de los estudios universitarios cubanos, señala por ejemplo los temas sociales, como el de la vagancia, apenas esbozado por Saco, o el del bandolerismo, en el caso de Varona, pero subraya que se trató de investigadores solitarios, y no de una agenda de investigaciones al interior de los centros docentes. Debía llevarse a las aulas universitarias además la noción no solo de la ciencia pura, que revoluciona el pensamiento, sino de la ciencia aplicada, que es la que cambia la vida cotidiana de las personas. En el plano de la axiología, el educador discurre en que no basta explicar los valores, sino que lo que se necesita es consagrarlos; luego, siguiendo la doctrina ciceroniana, no basta solo con el «buen decir», es necesario el «buen obrar» (Vitier, 1961: 164).

En lo relacionado con el claustro de profesores, Medardo les reclamaba nivel académico, voluntad de trabajo, honradez y humildad. Y también salarios decorosos «que no lo será si baja de trescientos pesos como inicio», a lo que agrega que: «En este último punto, lo material es moral, aunque entre nosotros hay un falso criterio sobre ello» (Vitier, 1960: 165). Un profesorado apto y dignamente retribuido era, en su opinión, una de las claves fundamentales de la nueva universidad cubana. Vitier era partidario de que los profesores cubanos se formaran en el extranjero, y que docentes foráneos vinieran a enseñar a Cuba, y exclama con sorprendente optimismo: «Que fiesta intelectual, tener un día a Ortega y Gasset o Alfonso Reyes o Américo Castro en Santa Clara o en Santiago» (Vitier, 1960: 166). La biblioteca, rica y diversa, nutrida con los mejores libros contemporáneos, era otra de las debilidades que las universidades cubanas debían superar, pues: «sin obras de alta crítica y de problemas, el estudio bajará a cauces de rutina» (: 169). El modelo de Vitier estaba formulado con esta chispa de honda cubanía: «No se contenten con universidades ‘modesticas’, sino con centros que nazcan con aliento y señorío. Cuba lo merece» (:167).

En su discurso de agradecimiento, don Medardo transitó los caminos de la enseñanza de la filosofía, en una atrayente y sintética doctrina pedagógica sobre el «que» y «como» iniciar a los alumnos en la ciencia de la sabiduría. Son veintiuna lecciones que se pasean con erudición y buen sentido por las grandezas y complejidades de la meditación filosófica, con criterio orientador, práctico, inteligente y sin pretensiones de abrumar al previsible estudiante de filosofía con el inmenso acumulado de autores y libros sobre el devenir filosófico de Occidente. Se trata de ilustrar la filosofía con apego a su condición histórica, sin sustraerla del universo de cultura al que pertenece cada filósofo, en diálogo también con otras disciplinas como la historia, el derecho, la medicina o la literatura. Sobre esto último apunta:

Debe llamarse la atención al hecho de que la Filosofía no es exclusiva de los filósofos. Se halla en pasajes de novela, en poemas, en ensayos, en piezas teatrales. La diferencia está en que el arte no explica los contenidos filosóficos sino que los hace sentir. Hay poetas líricos como Wordsworth, como Leopardi, como Darío, que tienen dimensión filosófica. (Vitier, 1961: 97)

La enseñanza de la Filosofía, con mayúsculas, constituye para Vitier una manera útil de formar individuos pensantes y cultos, educados en el amor por el conocimiento y la disciplina del estudio riguroso y sistemático. A la inmanente pregunta de ¿Para qué sirve la filosofía?, Don Medardo nos responde con abrumadora sencillez:

La Filosofía tiene función de hacernos mejores. Sí, porque el hecho de que se busque la verdad en el Universo, en el espíritu y en el destino humano, ya es garantía de seriedad intelectual y moral. Es estudio que purifica cuando sentimos con los filósofos la ansiedad de luz y de bien. José de la Luz y Varona fueron en Cuba guías espirituales. La Filosofía, además lejos de conducir a la suficiencia, nos lleva a la humildad. Digo humildad por dos razones: una porque el más capaz y mejor informado no logra conocer todo cuanto hay en la materia; y otra, porque aparte de los libros, está ahí, en la materia y en el espíritu, el misterio impenetrable. ¿No son dos razones para sentirnos humildes? (Vitier, 1961: 200)

Con idéntica humildad los invitamos a leer estos discursos, que conservan todavía la prestancia, la belleza y el profundo acento cubano de sus autores, y son parte del formidable legado intelectual que nos dejaron los tres sabios de Las Villas: Ramiro Guerra, Fernando Ortiz y Medardo Vitier. Sirva también como homenaje a la bien amada Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, próxima a cumplir sus primeros setenta años de fecunda y patriótica labor educativa.

REFERENCIAS

- ALFONSO LÓPEZ, F. J. Y HURTADO DE MENDOZA, A. (2001). Agustín Anido y Samuel Feijóo, creadores de un himno universitario. *Islas* (128), abr.-jun., Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, 3-9.
- GARCÍA ALZOLA, E. (1980). Ramiro Guerra como crítico de la educación cubana. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. XXII, no. 1, enero-abril, pp. 93-94.
- GUERRA, R. (1940). Carta abierta al señor Francisco González Cuesta, 15 de octubre. *Archivo personal de Ramiro Guerra*. Texto mecanografiado cortesía de su nieto Alberto Santamarina Guerra.
- GUERRA, R. (1947). Hechos o actuaciones que demuestran la devoción, simpatía o colaboración del Dr. Guerra respecto a la Universidad Central de Las Villas, o a las universidades cubanas en general. *Archivo personal de Ramiro Guerra*. Disertación en el Teatro La Caridad de Santa Clara, 15 de julio. Texto mecanografiado, cortesía de su nieto Alberto Santamarina Guerra.
- GUERRA, R. (1958). La provincia de Las Villas. *Islas*, vol. I, no. 1, septiembre-diciembre, 82-86.
- ORTIZ, F. (1923). Elogio póstumo de la cubana Marta Abreu. *En la tribuna. Discursos cubanos*, recopilación y prólogo de Rubén Martínez Villena. Habana: Imprenta El Siglo XX.
- ORTIZ, F. (1956). Universidad clara, preclara y de santa claridad. *Revista Bimestre Cubana*, vol. LXXI, no. 2, jul-dic., 5-19.

- PÉREZ VALDÉS, T. (Comp. y notas) (2018). *Correspondencia de Fernando Ortiz. 1950- 1962*. La Habana: Fundación Fernando Ortiz.
- PINEDA CABRERA M. DE J. (1956). Carta Ramiro Guerra, Santa Clara, 23 de febrero. Texto mecanografiado que obra en el *Archivo personal de Ramiro Guerra*, cortesía de su nieto Alberto Santamarina Guerra.
- RIVERO VERDECIA, A. (2017). *Doctores Honoris Causa de la Universidad de La Habana (1926-2016)*, 2ª edición. La Habana: Editorial UH, 195-202.
- VITIER, M. (1961). La enseñanza de la filosofía. *Valoraciones II*, Universidad Central de Las Villas: Departamento de Relaciones Culturales, 191-200.

DATOS DEL AUTOR

Félix Julio Alfonso López (Santa Clara, 1972). Doctor en Ciencias Históricas y Profesor Titular. Académico de Número de la Academia de la Historia de Cuba. Profesor Invitado de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. Autor de una docena de libros sobre temas de historia, cultura y deporte.



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Licencia Internacional.

ISSN: 0042-1547 (papel) ISSN: 1997-6720 (digital)

<http://islas.uclv.edu.cu>